

una reunión previa en Kagel y convenido en no prestar el juramento hasta que el gran maestre les hubiese otorgado cartas suficientes de licenciamiento. Plettenberg no pudo hacerles cambiar de opinión y habiéndoles manifestado—después de leerles la amenazadora carta que había recibido del marqués Joaquín—la sospecha de que no estaban quizás satisfechos de él y deseaban la soberanía del príncipe, obtuvo de ellos una contestación altamente satisfactoria en la que le suplicaban con el mayor encarecimiento que desechara todo recelo y le decían que ellos y sus ancianos estaban satisfechos de su bondad y de la orden y que aunque pensarán no tener soberano ninguno en la tierra, no querían de modo alguno separarse de él. Únicamente pedían tiempo para separarse de su antiguo soberano, el gran maestre, á fin de conservar en lo futuro para ellos y para sus sucesores indulgencia y buena reputación. Desde el momento en que el gran maestre invadiera este país, dejaría de ser para ellos un soberano y se convertiría en un «déspota», es decir, en un hombre que por medio de la violencia atentaba contra la propiedad ajena.

Plettenberg podía darse con esto por satisfecho: á su vez se declaró dispuesto á aplazar su entrada en Reval para recibir el juramento de vasallaje, pero no quiso dar un paso para conseguir las cartas de licenciamiento, pues el maestre de seguro se aprovecharía de esta circunstancia para obligar al país á que le pagara los 35,000 florines exigidos.

Las negociaciones relativas á este asunto se prolongaron durante muchos años antes de que llegaran á un resultado decisivo. La tentativa del gran maestre para lograr, á principios de 1523, que Livonia emprendiera de nuevo la guerra polaca, fracasó ante la enérgica resistencia de Plettenberg, que no veía probabilidad alguna de éxito en esta empresa, y que se ofreció, en cambio, á pagar en vez de 35,000 florines 20,000 florines de baja liga á condición de que el gran maestre le firmara un compromiso en forma legal en que se excluyera á Harrien y á Wirlandia de la supremacía del gran maestre. Acerca de la cuantía de la suma, una y otra parte se entregaron á un regateo poco digno, hasta que en 14 de enero de 1525 Plettenberg envió á Grobin 24,000 florines de baja liga, en monedas de oro del Rhin, recibiendo en cambio la tan deseada carta liberatoria. El comendador doméstico de Memel, Miguel Drahe, fué quien sostuvo las negociaciones definitivas, que bien merecen llamar por un momento nuestra atención. Drahe llegó el día de año nuevo á Wenden y el día 3 de enero fué recibido en presencia de todos los comandantes y de cinco secretarios del maestre. Manifestóse entonces que allí estaban los 24,000 florines de baja liga, pero que puesto que no traía el compromiso relativo á Harrien y á Wirlandia, Livonia no podía verificar el pago. En una audiencia privada que al día siguiente concedió Plettenberg al emisario, quejóse el maestre de la forma vaga y oscura en que el gran maestre había hasta entonces extendido sus compromisos, en los cuales se decía siempre «debemos y queremos hacer.» El maestre no guardó tampoco silencio acerca de la sospecha, cada vez más viva, de una inminente secularización de Prusia: «Querido comendador doméstico, — le dijo, — se nos da como cierto que nuestro bondadoso señor quiere casarse y el Consejo de Lubek nos ha advertido que nos pusiéramos sobre aviso, pues se trataba de hacer de Livonia un principado y de extirparnos como á los templarios, atribuyéndose estos planes al marqués y designándose para príncipe á nuestro bondadoso señor el gran maestre. Si Livonia hubiese de ser gobernada por un príncipe, éste querría dominarlo todo: habría pocos soldados y el país se vería muy pronto invadido por los rusos, por los lituanos ó por los samaitas que á nuestro alre-

dedor se extienden. En este caso solo podría recibirse auxilio de los territorios alemanes, y antes de que éste llegara, el país estaría perdido. Esto es lo que queremos evitar mientras vivamos, y antes de consentir en que el país sea convertido en principado, preferiremos perder la vida. Querido comendador doméstico: ¿habéis oído decir algo de esto?» Drahe, que conocía perfectamente los planes de Alberto, le negó todo rotundamente: dijo que entre la plebe se susurraba que el gran maestre iba á casarse con la hija del rey de Polonia; pero añadió que esto no podría realizarse nunca, pues la orden estaba en posesión de los castillos y si el gran maestre se casaba sin su conocimiento no se le dejaría libre ningún camino, sino que el país se defendería para bien de la orden y el gran maestre tendría que irse con su mujer á Franconia. A esto contestó Plettenberg: «¡Sí, sí! si el rey lo quiere, ¿qué podrá hacerse?»

Los de Lubek, prosiguió Drahe, son enemigos del gran maestre, y por lo mismo no hay que dar mucho crédito á sus palabras. Con estas y otras protestas consiguió el embajador engañar al anciano maestre, y de ello se alaba Drahe con franqueza más que ingenua en una carta dirigida á Alberto de Brandeburgo: «Opino — escribe — que esto se llama haber pasado bien la mano por el lomo á la zorra, y ésta me ha pasado la cola por los dedos: si hubiera enseñado los dientes, se habrían quedado los livonios con el dinero.» Después de muchas entrevistas, llegóse por fin al siguiente acuerdo definitivo: Drahe enviaría el compromiso y la carta de liberación á Grobin, donde se le entregaría el dinero y la contraescritura. Este pacto quedó perfeccionado el domingo antes de San Fabián (14 de enero). El gran maestre renunciaba á recibir las regalías de Livonia, quedando entonces Plettenberg soberano de hecho de Harrien y de Wirlandia. El día 21 de marzo hizo á caballo su entrada en Reval, donde al día siguiente recibió el juramento de los caballeros harriano-wirios y de la ciudad.

Casi al mismo tiempo se prestaba otro juramento: Alberto de Brandeburgo juraba homenaje al rey de Polonia, y de esta suerte el gran maestre de la orden teutónica se convertía en el primer duque prusiano feudatario de Polonia. Con esto comenzó para Livonia un nuevo período de desenvolvimiento, preludio de la ruina de la confederación livonia.

CAPITULO XV

LA REFORMA EN LIVONIA

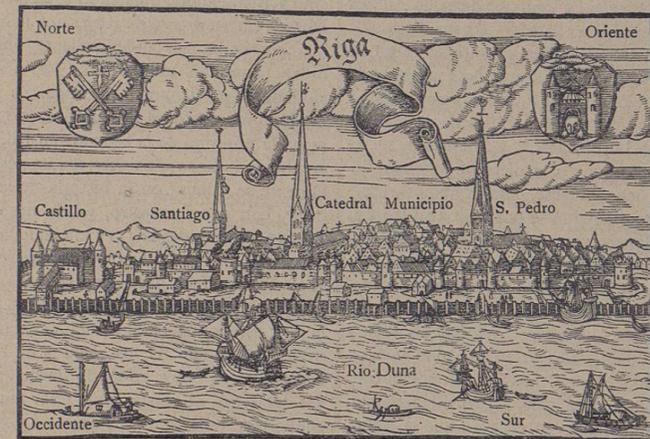
La estructura especial de la confederación livonia hizo que en este país las cuestiones religiosas y las civiles se engranaran unas á otras de una manera muy diferente del engranaje que tuvieron en el pueblo alemán: buena prueba de ello es la historia de la Reforma livonia, que por esta misma razón difícilmente puede ser entendida si no se tienen constantemente en cuenta las complicadas relaciones que entre los diversos grupos existían.

Ya recordaremos que los obispos livonios habían conseguido que el rey les concediera las regalías. La tentativa para hacerlas efectivas y especialmente los esfuerzos de los obispos de Dorpat y de Oesel para volver á ejercer como señores feudales todos sus derechos y para hacer que de su asentimiento dependiera la venta ó hipoteca de los bienes feudales, ocasionaron un rompimiento entre ellos y las corporaciones de caballeros, y tuvieron por consecuencia — después de haber renovado los caballeros de la diócesis de Dorpat y la ciudad de este nombre una antigua alianza ofensiva y defensiva — que en la dieta reunida en junio de 1522 en Wolmar, las corporaciones de caballeros y las ciudades

se unieran para oponerse juntas á las pretensiones de los prelados. Esta unión se mantuvo aun después que el belicoso obispo de Dorpat hubo cedido en la cuestión principal, que era la relativa á los bienes feudales. Además presentaron á la dieta una serie de artículos, dos de los cuales especialmente exasperaron en alto grado á los prelados. Estos artículos decían textualmente, en la minuta convenida entre los caballeros y las ciudades: «Una corporación de caballeros respetable y las honradas ciudades han considerado útil y necesario, cuando un señor prelado entregue en este país su alma á Dios, que el que haya de ocupar el puesto del difunto sea elegido é instituido por todos los Estados alemanes de la diócesis. Al que de tal manera sea elegido le

admitiremos y ampararemos contra toda agresión extranjera, obligándonos á ello por el nombre del Señor.

»Si alguno de los príncipes extranjeros ó cualquiera otra persona, sea cual fuere su clase, se atreviere á luchar contra el país por su libre elección, verificada así por la laudable orden teutónica como por los diocesanos y por los templos de Livonia, ora acudiendo á un proceso en Roma ó en otra parte, ora apelando á la violencia, queremos que todos los Estados del país estén obligados á contribuir con todas sus fuerzas á la defensa de la libre elección, con todas las personas que sean elegidas en la digna orden, según los antiguos y laudables usos y costumbres y en las diócesis por todos los diocesanos.» Los obispos de Dorpat y de Oesel montaron en



Vista de Riga en 1550.

En la cosmografía de Sebastian Munster, impresa en Basilea por Henricum Petri, año 1550.

cólera al oír esto y dieron á entender que en diez años no se les vería en ninguna dieta. Gracias á los esfuerzos del arzobispo y del cabildo de Riga, los Estados coligados cedieron en parte y se mostraron dispuestos á reconocer el derecho de sufragio del cabildo siempre que éste eligiera á un hombre útil y tolerable para la diócesis, para los Estados diocesanos y para el país. En lo demás, se aferraron á su demanda, y caballeros y ciudades convinieron también en definitiva en que aun cuando Sus Ilustrísimas no quisieran sellar este acuerdo, no por esto dejarían ellos de mantenerlo.

Esta oposición política de los caballeros y de las ciudades tenía también un fondo religioso. Desde 1520 había observado Blankenfeld, como se desprende de una de sus cartas (1), que en Dorpat se iniciaban ciertas tendencias reformistas. Cuando se publicó en Alemania el edicto de Worms él lo hizo publicar también en su diócesis; pero se encontró, especialmente en Reval, con una actitud en cierto modo de resistencia. En 7 de marzo de 1522, es decir, antes de la alianza de Dorpat y antes de la dieta de Wolmar, la ciudad escribía al obispo: No acertamos á comprender qué utilidad reportará esto, y en cambio tememos que despierte antagonismos, desavenencias y parcialidades entre el clero y los seglares. Añadían que no conocían en el país á nadie que profesara las doctrinas de Martín Lutero y que no estaban dispuestos á consentir que sobre la ciudad pesara una cen-

surra y una disgregación que no creían merecer. En una segunda carta se decía que consideraban perjudicial la publicación del decreto de condenación, pues los artículos de las doctrinas luteranas condenados y hasta entonces desconocidos eran muy á propósito para producir, en cuanto fuesen conocidos, «escándalos, cuidados funestos y desconfianzas,» y se mostraba la ciudad dispuesta únicamente á hacer lo que la equidad y la justicia exigían.

Esta actitud de la ciudad de Reval fué, al parecer, la que predominó en la dieta de Wolmar; solo que en ésta la repulsa tomó una forma más concreta. Cuando los señores espirituales propusieron que fuesen expresamente rechazadas las doctrinas de Lutero, tal pretensión fué contestada con el siguiente acuerdo: «Por lo que hace al doctor Martín Lutero, una respetable congregación de caballeros y las ciudades opinan que hay que dejar sin resolver el asunto en este país, hasta que fuera de él... haya sido resuelto por un concilio ó por otro camino expedito. Y como este país ha sido conquistado, no por la excomunión sino con la espada seglar, queremos sin excomunión ser gobernados.» Esto equivalía si no á abrazar la causa de la Reforma, por lo menos á rechazar resueltamente todo ataque contra la libertad de conciencia personal de los particulares, lo cual era necesario porque las doctrinas proclamadas por Lutero en Wittenberg comenzaban ya á propagarse por Livonia, y especialmente en Riga.

Cuándo y cómo se implantaron en Riga los primeros gérmenes de la Reforma, es cuestión que no ha sido todavía resuelta; pero probablemente fué antes del verano de 1520

(1) Véase mi trabajo sobre la Reforma de Livonia que es el que me sirve para este capítulo.

Vivia por aquel tiempo en Riga un canónigo de la iglesia de San Pedro y San Pablo llamado Jacobo Knopken, que había hecho entrar en el templo en calidad de predicador á su hermano Andrés. Este á los dos años de ejercer su ministerio sintió vehementes deseos de ampliar sus estudios, y su hermano le permitió dirigirse á Treptow, en Pomerania. Juan Bugenhagen, que tenía allí una escuela muy concurrida, desde la publicación del escrito de Lutero sobre la cautividad babilónica de la Iglesia, se había unido resueltamente al reformador de Wittenberg y abrazado la causa de sus ideales religiosos. No sabemos cuánto tiempo permaneció allí Andrés Knopken; lo único que nos consta es que el discípulo se había convertido ya en maestro cuando el obispo de Kammin, considerando peligrosa la tendencia religiosa de aquellas aulas, cerró la escuela. La tradición dice que Andrés Knopken regresó entonces á Riga llamado por sus discípulos livonios y obtuvo sin dificultad alguna su antiguo cargo de predicador de San Pedro. Allí predicó y trabajó en favor de las doctrinas luteranas, consiguiendo atraer á sus ideas á multitud de personas influyentes y elevadas de la ciudad. Durkop, que después fué burgomaestre, y Lohmuller, secretario del consejo, el mismo que en la dieta de Wolmar llevaba el protocolo y que mas adelante, como veremos, representó un papel altamente ambiguo, se pusieron á su lado: el consejo y el pueblo lo eligieron arcediano de San Pedro después de haber él defendido enérgicamente sus creencias en una disertación pública. La fecha de 23 de octubre de 1522, día en que hizo el sermón de ingreso en su nuevo cargo, puede considerarse como la que inicia la reforma en Riga y también en Livonia. No habiendo Plettenberg ni el anciano arzobispo Gaspar tomado cartas en el asunto, el movimiento reformista se extendió por todo el país, y Juan Blankenfeld, jefe de los partidarios del antiguo rito, observó que la Reforma tomaba colosales proporciones en sus dos diócesis de Dorpat y Reval.

Cierto que los consejos y los municipios de estas dos ciudades no habían roto formalmente con las antiguas doctrinas; pero las nuevas iban germinando y desarrollándose en unos y en otras, dando Riga el ejemplo de una conducta cada vez mas resuelta. El día de Viernes Santo del año 1523 los monjes salieron en procesion solemne y con las banderas desplegadas fuera de las puertas de la ciudad y en el mes de agosto del propio año pudo Lutero dirigir á «los cristianos de Riga, Reval y Dorpat» aquella famosa carta que con razon ha sido considerada como uno de los documentos fundamentales de la Reforma livonia.

Entretanto, Dorpat y Riga intrigaban para ofrecer al atorado partido de los prelados, intimidado ante la actitud de los caballeros y de las ciudades, un jefe en la persona de aquel Juan Blankenfeld, á quien en lo sucesivo encontramos figurando en primer término en todo cuanto tendia á combatir las nuevas doctrinas.

El arzobispo Gaspar estaba débil y achacoso por su edad avanzada y á él se atribuía en Livonia y en Roma la culpa de que no se hubiese luchado con mayor energía contra los innovadores, esperándose que con un personaje enérgico podría recuperarse el terreno perdido. Pero como dadas las extraordinarias dificultades que ofrecía la direccion de los asuntos livonios, no era posible nombrar arzobispo á un extranjero, únicamente podía pensarse en un candidato livonio para confiarle el arzobispado, y ninguno mejor para el caso que Juan Blankenfeld, obispo de Dorpat. Mas de una vez hemos encontrado en el curso de la presente historia á este inteligente y enérgico prelado, que había nacido en 1471 en Berlin, de donde era su familia. Hijo del burgomaestre Tomás Blankenfeld, había hecho sus estudios en Italia y toma-

do la borla de doctor en Bolonia, habiendo después ingresado en la órden teutónica. Como «erudito doctor en derecho y como hombre hábil y versado, se había distinguido de tal manera en la corte de Roma y en la Cámara imperial,» que fué nombrado capellan del gran maestre y procurador de la órden en Roma. Cuando después ocupó la sede episcopal de Dorpat, vacante por muerte de Cristian, supo con su portentosa habilidad crearse una situación poderosa é influyente. De las fuentes á donde hemos acudido se desprende principalmente «que siguió todas las sendas de la buena vecindad con los funcionarios limítrofes de los rusos moscovitas y con todos los demás; que se apresuró á hacerles justicia y que les acogió amistosamente repetidas veces. Por esto el gran duque y sus funcionarios gustaban de este vecino.» Blankenfeld, siguiendo la tradición de la diócesis de Dorpat, tuvo enfrente de Rusia una política propia y procuró mantenerse lo mas independiente posible respecto de la órden. También trabajó para formarse un partido en las ciudades, especialmente en Riga. Su ambicion se dirigió, desde el momento en que puso el pié en el territorio livonio, á la posesion de la sede arzobispal, y á este objeto había entablado íntimas relaciones con un personaje á quien injustamente se celebra en la historia de la Reforma livonia, es decir, con aquel maestro, ya de nosotros conocido, Juan Lohmuller, que desde 1517 era canceller del arzobispo Gaspar y que en 1520 fué nombrado secretario del consejo de Riga. Blankenfeld, desde que llegó á Livonia, enviaba todos los años á Lohmuller algunas medidas de trigo á cambio de lo cual éste le enteraba minuciosamente de las noticias políticas y del estado de los asuntos de Riga. A pesar de que Lohmuller se había adherido desde un principio á las nuevas doctrinas, el obispo creía estar tan seguro de él, que le confió reservadamente sus deseos de ocupar la sede arzobispal y el encargo de lograr del consejo y del pueblo su reconocimiento. Cuando en 29 de noviembre de 1523 el papa Clemente nombró al obispo, con asentimiento del arzobispo y del cabildo de Riga, coadjutor del arzobispado y sucesor eventual de Gaspar, la eleccion no halló resistencia alguna en Riga, gracias á los esfuerzos de Lohmuller. Merece la pena de oír lo que el secretario del consejo de Riga, celoso protestante, decía año y medio después sobre este particular: «Reconozco — escribia al obispo de Samland — que el parentesco (deben de ser los presentes anuales de trigo) con Blankenfeld me ha impulsado á prescindir de su impiedad y á contribuir á que su eleccion fuera aprobada por un respetable consejo: sobre esto se han extendido compromisos escritos y sellados y los caballeros de la diócesis de Riga han prestado su homenaje.»

El acto de prestar homenaje se verificó en el arzobispado: Riga reconoció al coadjutor, y cuando en 24 de junio de 1524 falleció Gaspar Linde, Blankenfeld se sirvió desde luego, por expresa autorizacion pontificia, de todos los derechos é insignias episcopales, á excepcion del palio.

El Papa tenía poderosos motivos para prodigarle estos testimonios de afecto, pues en Roma se sabia que en él se ponía al frente del clero livonio á un decidido adversario de la Reforma; y es muy probable que estuviese en connivencia secreta con Blankenfeld el monje Antonio Bomhouver, que fué preso en 1524 á la sazón que regresaba de Roma portador de edictos penales contra los reformistas de Livonia. Por la correspondencia que se le ocupó vino en conocimiento de que este monje había aconsejado al Papa «que despojara de todos sus derechos y privilegios á la ciudad de Riga y á todos los livonios incurros en herejía y que dispusiera que por lo mismo que eran indignos y desleales, nadie estuviese obligado á pagarles lo que les debía ni á estar con ellos en

buena armonía ni á guardar los juramentos que les hubiese prestado.» En Dorpat había estallado abiertamente la lucha entre los ciudadanos afiliados al luteranismo y la catedral.

El preboste diocesano Pedro Stakelberg, que, según los ciudadanos afirmaban, les había atacado, fué derrotado con todos los suyos, y lo que es mas, en el calor de la lucha los de Dorpat se apoderaron del castillo episcopal, cuya posesion conservaron por espacio de un año. Reval no tuvo reparo alguno en auxiliar en aquella empresa á Dorpat, enviándole algunos siervos, pues en aquella ciudad, á pesar de la actitud fria y reservada que adoptó el consejo, las nuevas doctrinas ganaban cada día mas terreno. Lo que Knopken y Silvestre Tegetmeyer eran para Riga, fueron para Reval Juan Lange, Hermann Marsow y Zacarías Hasse. La salutación evangélica que encabeza la correspondencia oficial entre Reval y Dorpat, «gracia y paz en Cristo Nuestro Señor,» demuestra que también en la mayoría del consejo imperaban las nuevas doctrinas.

Plettenberg consideraba la situación muy crítica: Lutero había sido indudablemente engañado por Lohmuller cuando en enero de 1522 escribía á Spalatin que el maestre le había suplicado por conducto de Lohmuller que escribiera un libro para sus pueblos. Esto se hallaba en abierta contradicción con la conducta posterior de Plettenberg, el cual comprendió desde un principio el peligro que para la existencia del Estado livonio, basada en fundamentos espirituales, podía constituir el antagonismo religioso. Una carta que en 19 de abril de 1524 escribió á Reval hablaba «de la predicacion informal» y pedía que se suprimiera. La contestacion característica de la ciudad ha sido conservada: el consejo escribe al maestre de la órden diciéndole que ha entendido perfectamente el contenido de su carta y que le hace saber humildemente «que todos sus miembros nada ilegítimo saben de la congregacion cristiana de esta ciudad ni de los muchos sermones de aquel predicador. Todos censuran no solo las faltas del clero sino también los abusos de todos los demás sin consideracion á la categoría ni distincion de personas, después de haber procedido á la enseñanza de las verdaderas creencias evangélicas. Además á cada clase le aconsejan el mejoramiento cristiano, el amor fraternal, la paz, la concordia y la obediencia debida á toda superioridad ordenada por Dios.» Añadían que cuando se les demostrara que obraban en contra de la verdad evangélica, se apartarian de tales doctrinas para atender á la salvacion de sus almas; que en cuanto á la acusacion lanzada por el respetable señor de Dorpat y de Reval (Blankenfeld) de que sus gentes eran perseguidas en Reval, no sabían nada de esto y suplicaban que se les designara individualmente á los culpables en vez de acusar á todo el pueblo; que también era inexacta la acusacion del obispo de que ellos no respetaban ninguna autoridad, pues no habían faltado á los deberes que como vasallos y por juramento tenían para con Plettenberg y con la órden, sino que, por el contrario, se habían mostrado siempre leales y obedientes, cual cumplía á súbditos, y querían continuar siéndolo siempre con todas sus fuerzas.

El movimiento reformista dió un gran paso de avance cuando, desde el 17 hasta el 25 de junio de 1524, los Estados se reunieron en Reval en asamblea general sin el concurso de los gobernantes del país. La iniciativa para ello partió del «jefe de la respetable corporacion de caballeros de Oesel,» el señor Jorge de Ungern. Prescindiendo de los consejeros de Reval, que acudieron todos, reuniéronse allí veintidós personas, diez y siete miembros de la clase de caballeros y cinco representantes de Riga y de Dorpat.

De todas partes se elevaban quejas contra los obispos: Dorpat las formulaba contra las violencias de Blankenfeld,

el cual, faltando á su juramento y á sus votos, atentaba contra sus derechos; el burgomaestre de Riga refería que algunos habitantes de esta ciudad y de Dorpat le habían manifestado bajo juramento que Blankenfeld había hecho correr la voz de que los embajadores de la ciudad de Riga le habían pedido en Sagnitz (donde se encontraba el obispo á mediados de setiembre de 1522, es decir, en una época que probablemente coincidía con sus negociaciones secretas con Lohmuller) que se apoderara nuevamente de la soberanía de la ciudad. Los referidos embajadores negaron el hecho é inmediatamente se escribió sobre este particular al obispo, el cual negó rotundamente y manifestó que todo era una calumnia inventada por la ciudad de Dorpat. Las quejas de Reval contra los funcionarios del obispo de Oesel eran poco graves, pero, en cambio, tenían gravedad suma las que en nombre de los caballeros de la diócesis de Oesel formuló Ungern contra su señor, el obispo Juan Kiewel, pidiendo al propio tiempo auxilio y consejo á los Estados para obligar al obispo á que, respetando la equidad, mantuviera á sus caballeros en sus derechos. En cambio de esto ofrecía permanecer él y los suyos fieles aliados á los demás Estados, consagrando á ellos sus vidas y haciendas. Ungern presentó en seguida cartas del maestre, en las cuales éste se ofrecía á apoyar cerca del obispo á los caballeros, y el burgomaestre de Riga refirió que Plettenberg había hecho decir al consejo por conducto de su secretario, Luis Gratzau, que no se inquietara porque enviara sus emisarios á la presente reunion, pues esto era para bien general del país.

En el sentido de este aviso se decidió: «recordar siempre este asunto para que no se olvidara nunca el bien de este país en paz y concordia, en cuanto esto fuera posible.»

El mismo espíritu de moderacion y de buena armonía reinó en la cuestion religiosa. Blankenfeld había obligado á los de Dorpat á alejar de la ciudad á su predicador Hermann Marsow, «pues Su Ilustrísima no quería tolerar su presencia y pensaba poner en ello sus cinco dedos ó sus diez si era necesario.» En cambio la poblacion había pedido al consejo que le restituyera á Hermann, «pues le era imposible prescindir por mas tiempo de la palabra divina.»

Las ciudades declararon al propio tiempo que no abandonarían á Dorpat y que querían ayudarla con amor y buena asistencia en la cuestion del santo Evangelio, pero que era conveniente empezar por suplicar al maestre que amonestara al obispo para hacerle cumplir sus promesas. Por lo demás, las tres ciudades se unieron para ayudarse en todas las cosas justas, especialmente para conservar á costa de su vida y de sus haciendas el santo Evangelio y no abandonarlo nunca. A este convenio se adhirieron también los caballeros y por boca de su orador, Jorge de Ungern, glorificaron muy particularmente á la ciudad de Riga por haber sido la primera en manifestar en Livonia la «verdadera palabra de Dios.» Cuando la intervencion que se había solicitado del maestre resultó infructuosa, todas las ciudades pensaron seriamente en auxiliar á los caballeros, con medios nuevos y mas enérgicos y sin esperar un momento mas, para la defensa de sus derechos.

También en la cuestion de Bomhouver todos los Estados abrazaron el partido de Riga contra el arzobispo. Los caballeros harriano-wirios expresaron el sentimiento general declarando por boca de «Claus Polle» que este país comun no podía ni quería tolerar la excomunion religiosa y que á quien había llevado al país cartas de excomunion ú otros procesos análogos «se le daría su merecido, encerrándole en el sacco y deshaciéndose de él.» La ciudad de Riga no quiso entregarle, sino que esperó á la dieta siguiente para que en ella pudiera ser juzgado por todos los Estados.